

que en esta concepción no ~~aparezca~~ en absoluto el concepto de lo bueno. ~~Por consiguiente, debe rechazarse la afirmación de que aquí pueda fundamentarse una moral.~~

El segundo camino es mucho más importante. Se trata del contractualismo. Pero cuando hoy en día se habla en la ética de contractualismo, se puede querer decir dos cosas diferentes (que frecuentemente están mezcladas). Se encuentra la concepción, sostenida en particular por Rawls, según la cual lo moral (o específicamente lo justo) se puede entender como el resultado de un contrato ideal que todos pactarían con todos si se encontraran en una situación ideal de igualdad e ignorancia. En el caso de Rawls se presupone, de modo completamente consciente, una premisa moral decisiva, y Rawls, además, no pretende fundamentar la moral. Se puede hablar de un contrato como base para la fundamentación de la moral sólo si se trata de un convenio implícito —sin estar subordinado a condiciones ideales— que se presupone en nuestra vida normal. El ético contemporáneo más eminente que ha sostenido tal concepción es J. L. H. Mackie.<sup>2</sup> Esta concepción puede remitirse, en efecto, a un estado de cosas natural que es indudable: que todos los hombres, en la medida en que están interesados en la cooperación con los demás, tienen interés por ponerse de acuerdo entre sí para mantener un cierto sistema de normas.

¿Cuáles son estas normas? En la mayoría de los casos concuerdan con aquellas que resultan de la llamada regla de oro que encontramos en diversas culturas, incluso en la Biblia:<sup>3</sup> compórtate con respecto a los demás de la manera como deseas que ellos se comporten con respecto a ti. Las reglas que se derivan de aquí pueden dividirse en tres grupos: primero, aquellas reglas de no perjudicar a otros (los llamados deberes negativos, es decir, los deberes de no hacer determinadas cosas); segundo, la regla de ayudar (deber positivo) a los demás (dado el caso, bajo determinadas condiciones); tercero, las reglas específicamente cooperativas como, en particular, la de no mentir y no faltar a las promesas, que habitualmente se cuentan entre las reglas negativas.

Puesto que con el mantenimiento general de dichas reglas todos tienen más para ganar que para perder, sería irrazona-

ble no someterse a ellas, siempre que se presuponga que los demás también lo hacen, y por ello resulta plausible entender este ámbito central de la moral de tal modo que en él subyace un convenio implícito. Cuando se indica que sería irrazonable no aceptar dicho acuerdo, desde luego se habla de razón en su sentido habitual. No hay nada que objetar a ello. No entrar en semejante convenio significaría más bien lesionar que fomentar los propios intereses, y esto sería irrazonable en sentido habitual.

En el prólogo de su libro, Mackie, como ya lo han hecho otros, señala con razón que este conjunto de reglas es tan fundamental para toda cooperación humana que incluso una banda de ladrones sólo puede existir si es moral en este sentido. Aun un grupo que no reconoce estos deberes hacia afuera tiene que aceptarlos hacia adentro, porque sin ellos no puede haber cooperación alguna. Sin embargo, reconocemos, en virtud de esta indicación, también una primera debilidad de esta posición: mientras se entienda la moral de modo contractualista, sería irrazonable mantenerla no sólo frente a aquellos con los que estamos interesados en cooperar. No existe aquí siquiera la pretensión limitada de universalidad que encontramos en las morales tradicionalistas.

Reconocemos de manera más nítida la limitación estructural del contractualismo como concepción de una moral posible, cuando consideramos el argumento que contra esta interpretación hizo valer Platón en el libro segundo de la *República*: se comportaría de la manera más razonable aquel que mantuviera las reglas morales en apariencia, pero que las violara siempre que le fuera provechoso y pudiera hacerlo sin ser descubierta.

Con ello se vincula un problema con el que siempre tuvo que enfrentarse el contractualismo: ¿cómo se puede asegurar el mantenimiento de las reglas? Hobbes creía que sólo se podía lograr por medio del Estado, con lo cual el derecho penal sustituye a la moral, lo cual, dentro de su alcance, tiene su sentido. Es cierto que, bajo condiciones normales, un sistema cooperativo se asegura en buena medida por sí mismo. La mayor parte de las acciones es visible y no se puede ocultar; con aquel que no mantiene las reglas los demás dejarán pronto de cooperar.

Mackie hizo, curiosamente, una propuesta que va más allá de esto: para asegurar el mantenimiento de las reglas morales parece bueno formar las actitudes o virtudes correspondientes y, recurriendo a un discurso de Protágoras en el diálogo homónimo de Platón, menciona en particular la vergüenza (p. 114). Pero este es precisamente el punto donde, como veremos en la Lección siguiente, se supera el contractualismo en cuanto tal. Experimentar vergüenza cuando violamos las normas significaría haber desarrollado una conciencia moral, de modo que aquella sería una sanción interna. No sería entonces el interés mismo por la cooperación o la coerción externa (dado el caso, penal) lo que me impediría violar las reglas, sino yo mismo. Pero, ¿por qué debería hacerlo, si en el nivel contractualista es irrazonable?

Desarrollar una conciencia moral no es algo que se pueda justificar a partir de la base contractualista misma. Sin duda me interesa que los otros, en virtud del factor adicional de una conciencia moral, estén impedidos de violar las reglas, y el contractualista aceptará agradecido un factor adicional semejante como una consecuencia útil de la conciencia de los demás, no instruida desde el punto de vista de sus intenciones. Pero es imposible fundamentar una conciencia moral *propia* sobre una base contractualista. La conciencia moral no puede ser instrumentalizada. Sería irrazonable en el sentido de la sagacidad egoísta renunciar a eventuales ventajas cuando pueda obtenerlas sin condena externa. A la inversa, sería racional demoler tanto como se pudiera los restos de conciencia moral que encontramos en nuestro interior a raíz de una educación que no nos ha instruido en este sentido, o al menos lo sería no dejarnos determinar por ellos en el obrar.

Si desde el punto de vista contractualista no se puede justificar el querer tener la sanción interna, tampoco se pueden justificar los demás factores que están ligados a él: el afecto de la indignación queda anulado al igual que el de la vergüenza (a lo sumo sería racional fingir indignación en un entorno que, en este sentido, no está instruido), y la vergüenza queda anulada porque ya no se considera una parte de la propia identidad a partir de una concepción del bien; con ello se vincula el hecho de que no se puede juzgar moralmente: las palabras "bueno" y "malo" en su acepción gramaticalmente absoluta no

pueden cobrar sentido alguno desde una base contractualista. En otras palabras: quedan suprimidos todos los aspectos estructurales que he destacado en la Lección anterior al aclarar lo que constituye una moral. La característica decisiva del contractualismo es que no posee ninguna concepción del bien; se construye únicamente a partir del concepto relativo "bueno para...".

Por ello resulta plausible prescindir del todo de definir al contractualismo como moral; la posición del contractualismo no se puede incluir en la clase de las concepciones morales que definí en la Lección previa como una moral, y para las que es esencial el hecho de poseer una concepción del bien. Si se quiere, se puede naturalmente seguir hablando de moral contractualista; la palabra, como siempre, no tiene ninguna importancia, pero hay que tener presente que quien se coloca de modo consecuente sobre el suelo de esta "moral", no puede emplear los términos "bueno" y "malo" en su significado gramaticalmente absoluto y no puede tener afectos morales. Por eso quiero definir al contractualismo como una "cuasi moral".

El contractualismo es, de esta manera, una posición mínima completamente real y que existe legítimamente, sólo que no llega muy lejos. No puede ponerse en duda y representa ciertamente un componente adicional dentro de toda concepción moral auténtica (no importa cuán distintos sean los resultados de las diversas concepciones morales en cuanto a su contenido, ellos se superponen con la regla de oro, y el punto de vista contractualista incluye, en relación con esta última, una justificación adicional). El contractualismo contiene especialmente también un sentido válido de justificación —cada uno justifica para sí que le resulta racional someterse a tal sistema normativo, o al menos aparentar someterse a tal medida en que los demás también estén dispuestos a hacerlo—, pero eso no es la justificación de una moral.

Expose la posición contractualista con mayor precisión que los restantes intentos de fundamentación modernos porque no necesito volver a referirme a ellos más tarde. La postura contractualista, en cambio, nos seguirá acompañando como posibilidad. Para aquel que tiene una *lack of moral sense*, sea por causas patológicas o por decisión propia, la cuasi moral contractualista permanece, desde luego, siempre como algo posible y conveniente, porque no presupone conciencia moral al *Go* no.